

toma junto a la costa glaucas entonaciones. Dos bueyes enormes, cachazudos, sumidos hasta los flancos en el hervor espumoso de las aguas, van tirando hacia la playa de una barca, cuya hinchada vela latina traza un vasto ritmo contra el cielo opalescente de la tarde. Uno de la tripulación guía la yunta desde un sólido testuz; los demás, en la barca y en el agua, apañan la próspera encalladura. Os parece oír el chapoteo de las bestias a contramar, el rumor vespertino de la resaca, la tarareada canción de la faena, el crujir del maderamen, la melódica reticencia del viento en el aparejo. De todo el cuadro, se diría que viene un olor a sal y a pescado. Esta agua maravillosamente traslúcida del primer término es una alucinación: pensáis que va a rebosar el marco del cuadro; o mejor aun, olvidándoos del prodigioso artificio, se os antoja que ya estáis vosotros en ella hasta las rodillas, como ese pescador que prepara un leño para calzar la barca en el próximo bajío. Y no hay pensamiento ni emoción implícita en la figuración. El espectador reacciona ante la escena misma, sin analizar su mensaje; y el sencillo episodio marino suscita en él, *inmediatamente*, una impresión de vida amplia, sana, equilibrada y robusta. ¿No es, en verdad, este carácter explícito, esta inmediación del efecto, lo que constituye esencialmente el naturalismo?

Para expresar esa innovación de Sorolla en la pintura española, se ha usado mucho una metáfora que no pierde su gráfica sugerencia con la frecuente reiteración. Max Nordau, en un reciente libro, la frasea así:

Sorolla abrió con osada mano puertas y ventanas, dejó que a torrentes entrasen el aire y la luz en los aposentos de ambiente ya corrompido y viciado.

Pero la exactitud de la abusada imagen es sólo aproximada. No fué lo de Sorolla, en realidad, una iluminación de viejas estancias: fué el total abandono de ellas, fué el renunciamiento a la pintura que pudiéramos llamar sedentaria, fué una escapada lírica al sol, y al mar de su tierra, como las de sus rapaces desnudos en cuadros innumerados de la playa valenciana.

*La vuelta de la pesca* tiene alguno que otro tímido antecedente; pero la franca innovación fué suya. Si la ejecución no es aún todo lo osada que había de ser más tarde la técnica de obras si-